

VANGUARDIA Y COMUNICACIÓN

NADIA CAVALERA

Intervención en el debate-seminario «Avanguardia e Comunicazione» Roma, mayo, 1996

Estoy fundamentalmente de acuerdo con cuanto se sostiene en la introducción de Mastropasqua y Muzzioli, y estoy sobre todo contenta de que la misma comience desmintiendo el encallecido prejuicio de que la vanguardia es igual a incomprendibilidad, en cuanto que es el prejuicio más difundido y el más desacreditador. Es la marca infamante que persigue a la vanguardia desde hace demasiado tiempo y que inmediatamente aleja, inmediatamente desalienta a quien sólo se atreva a acercarse a la problemática, porque evoca realidades ficticias biombos oscuros, artilugios técnicos plurielaborados, sofisticados, vacíos talleres impracticables, en cualquier caso peligrosas para el sano (según los cánones habituales) equilibrio personal. Es el prejuicio más simple y por esto es repetido fácilmente, pero... el éxito de esta etiqueta publicitaria negativa está extrañamente (aunque no tanto) también en el hecho de que es verdadera.

Pues bien, sí, la vanguardia es incomprendible: escribámoslo incluso en las pancartas, tapicemos de octavillas las calles, hagámoslo gritar por los pregoneros en cada esquina de la ciudad. La vanguardia es incomprendible. Pero no en el sentido de ilegible, sino en cuanto que no puede ser comprendida en el proyecto económico existencial de quien establece las reglas de nuestro vivir, se tenga o no conciencia de ello. En cuanto que no entra en el proyecto de la clase (no nos avergonzemos de decirlo porque, falsamente, se quiere creer el término obsoleto, superado, agotado), pues bien... de la clase dominante.

La vanguardia es el descarte de la norma impuesta, de la norma vigente. La vanguardia es incomprendible porque es espléndidamente anormal.

En efecto, no olvidemos que cada clase (enseña Sanguineti) organiza sus estructuras estéticas y culturales tratando de imponerlas a toda costa, y que en su horizonte cultural hace entrar sólo aquello que corresponde a su idea de cultura, que luego se exterioriza en un lenguaje señalado y particular.



Por tanto, según esta premisa, la vanguardia no puede ser comprendida y aceptada porque es portadora, por naturaleza, de un proyecto cultural distinto, opuesto y antagonista.

Pues bien, es sobre este proyecto que la vanguardia debe concentrar hoy sus esfuerzos, es sobre las líneas programáticas de este proyecto que debe confrontarse, para arribar a una definición inequívoca del mismo.

¿Qué queremos?, debemos preguntarnos ante todo. O quizá y mejor: ¿qué no queremos y rechazamos fuertemente de la situación actual, de modo que por descarte y contraste emerja cuanto buscamos? Y he aquí que vuelve a aparecer la inevitable importancia de la acción crítica, en los textos también, ciertamente, pero única y exclusivamente porque son pruebas materiales de un proyecto cultural que no se aprecia. O, en otra circunstancia, viceversa.

¿Mi propuesta?

Formulemos unos puntos precisos, imprescindibles de aquello que hoy debe ser un movimiento. Formulemos un programa al cual atenarnos rigurosamente; no, atención, rígidamente. Obviamente los puntos deben servir para favorecer la adhesión de la mayoría al proyecto, no ciertamente para imponer unas poéticas: aquí la libertad debe ser máxima. El movimiento, quede claro cuanto antes, puede y debe tener las más variadas diversificaciones expresivas. Luego será interesantísimo evaluar cuáles resultarán las más válidas.

La necesidad, en mi opinión, de un movimiento, en contra del grupo, del inicial espacio abierto de discusión, propuesto en la misma relación introductoria, se debe a que estamos saturados de discusiones. Precisamos, en cambio, ajustar las cuentas, atesorando también la herencia pasada. Precisamos actuar.

El grupo, en mi opinión, iba bien en 1989, cuando en la reunión de Milán se constituyó el fantasmal '93, de cuyo nacimiento, por otra parte, hice, en «*Bolletario*» 4 bis, una crónica tan fiel, como es mi

costumbre, que parecía un acta. Un grupo en el que inicialmente creí porque iba más allá de las jaulas del registro de estado civil, porque quería contar con la aportación de todos los simpatizantes, pero que luego se agotó muy pronto sin resultados significativos.

Inmediatamente se convirtió en generacional y sus componentes comenzaron a ambular por el mare magnum de un «acuario» (como algún crítico atento había llamado a la Posmodernidad), con la redcilla en la mano, pero crítica (amabilidad suya), ágiles y listos para atrapar jirones, balbuceos, fragmentos dialectales, situaciones antropológicas, despojos literarios, ceremonialidades secas propias del pasado persistente en el eterno presente, a la caza, en suma, de las voces de la remoción individual y de la represión histórica que querían emerger a la significación y que siempre para el vigilante y receloso ojo del crítico permitían entrever la posible y anhelada alegoría de lo distinto.

Éstos son, siempre en mi opinión, los elementos esenciales del grupo '93, que, apenas alcanzada una mínima notoriedad, se precipitó por boca de su más promocionado representante a disolverse, con la motivación tan congruente como densa de significado de «que así se había establecido», en algún restaurante, en Milán, mientras cojeaba el año 1989.

Y luego se han enrocado en un vacío experimentalismo, sin esperanza de incidencia alguna sobre lo real, convirtiéndose en aquello que al principio exorcizaban querer ser: refinada pero inocua diferencia en el coro siempre igual de las diferencias, propia de la fluctuante, absorbente y homologadora Posmodernidad. Aun cuando con una presunta y lúcida, pero ciertamente patética, autoconciencia.

Ahora bien, es precisamente la incidencia sobre lo real el objetivo que más debe contar para la vanguardia. Pero antes de hablar de manera distinta recordemos que debemos ser distintos.

He aquí: el vacío nuevismo lingüístico es otro peligro que debe ser exorcizado tal como debe ser individualizada y desterrada la simulación de un lenguaje nuevo, hoy tan difundida y banal.

Busquemos al hombre nuevo, es mi invitación. Cultivemos su diversidad: será consecuencia inevitable de la diversidad del lenguaje.

Las consiguientes soluciones estilísticas y lingüísticas podrán ser ponderadas luego. Luego tendremos el cuidado de analizar, discutir y ponderar las características semántico-formales, ver sus corresponden-

cias, sus aporías, experimentar modos que puedan exteriorizar mejor nuestro pensamiento, hacerlo activo. Todo esto después.

Por ahora estas problemáticas no deben angustiar o hacer retroceder a posibles adeptos. Tanto más si se quiere por fin una vanguardia de masas, que no es un vanguardismo de masas (remedo, por involuntaria absorción, de consignas vanguardistas, de técnicas innovadoras, propias hoy también de los cómicos de cabaret), sino vasta y consciente adhesión a un programa de renovación que se concrete, al fin, que no sea ya el coitus interruptus de otras experiencias.

Hoy la vanguardia debe ir más allá de sí misma, más allá de como ha sido entendida hasta ahora, pero no en el sentido presentado recientemente por Sanguineti, como hipótesis de una sociedad que ya no tenga necesidad de la vanguardia: es demasiado utópico e irrealizable, desalienta la acción. La vanguardia, anticonformista zócalo duro de la inderogable necesidad de cambio, existirá aún largamente, como polimórfico e indómito contrapeso del mutante capitalismo. Es mejor, por tanto, configurarla más bien como un mar alternativo que tiene sus encrespaduras, sus olas, sus bonanzas, sus embravecidas oleadas más o menos evidentes: ¡yo deseo una ruinosa y constante tempestad!

Pero la vanguardia debe ir más allá en el sentido de que debe ir allende sus estereotipadas concepciones y configurarse hoy como marginación, dar voz a la misma. Debe cultivar, en mi opinión, los núcleos siempre mayores de malestar, los eslabones débiles del sistema, buscar las nuevas conflictividades sofocadas, ayudarlas a emerger y aclararlas. Luego debe unir entre ellos los diferentes centros de la impaciencia para reforzarlos, hacer, al fin, una densa red de incendios, que por sí solos puedan destruir un tejido de relaciones cuestionadas, y con cuyas cenizas se podrá fertilizar la cápsula explosiva del vuelco.

Todo esto aprovechando al máximo y de la mejor manera el arma de las palabras que pueden, pueden tanto: yo conservo una confianza incondicional en ellas. Sólo se trata de afinarlas de la manera más idónea, que a menudo significa la más perniciosa posible, y hacerlas alcanzar en la máxima difusión, con el indispensable apoyo de quien ya ha atravesado similares experiencias, al blanco.

Pero aquí tocamos otros puntos dolorosos, sobre los cuales dado el caso volveré luego.

(Traducción del italiano: Carlos Vitale.)